



HISPANIA

Manuel...



SUMARIO

TEXTO

LA CABEZA ENAMORADA, por *Blanca de los Rios de Lampérez*.— LA POESÍA, por *Gonzalo Cerrajería*.— LA CHINA MODERNA, carta séptima, por *John Harrisson*.— LOS NIBELUNGOS, poema alemán.

GRABADOS

PORTADA, por *A. Mas y Fondevila*.— LA PODA DE LOS ÁRBOLES EN BARCELONA, (fotografías).— LA CABEZA ENAMORADA, ilustraciones de *Pedrero*.— ACUARELA, por *A. Mas y Fondevila*.— DON QUIJOTE CONTRA LOS MULETEROS, por *Daniel U. Vierge*.— BARCELONA ANTIGUA: EL CALLEJÓN DE LAS TRES VOLTAS, por *V. Giné*.— LA POESÍA, (orla).— LA CHINA MODERNA, (fotografías).— CORACEROS DE 1808, por *F. de Soria Santacruz*.— LOS NIBELUNGOS, ilustrado por artistas alemanes.



LA PODA DE LOS ÁRBOLES EN BARCELONA



LA CABEZA ENAMORADA

I

Cerca del punto en que la calle del *Mesón de Paredes* desemboca en la *Ronda de Valencia*, y ante el portal de un zapatero instalado en una casa baja, miserable y sucia como las más de aquel vecindario, formábase á la continua ancho cerco de gente, donde abundaban los chicuelos, que, parada en la acera y con expresión como de sorpresa y asco, miraba hácia dentro, como si allí hubiese alguna rara alimaña ó curiosidad fisiológica de las que tanto público llevan á las barracas de ferias ó verbenas.

—¿Qué es eso? preguntaban los forasteros ó trashumantes que por aquellos contornos circulan.

—Nada... un *cenómeno*, apresurábase á contestar alguna bien enterada y oficiosa vecina.

—Dios guarde á usted, señora—saltaba otra, encarándose con la zapatera que con gesto contraído aguantaba el irritante fígoneo.—Y, aunque sea mal preguntao: ¿es su hijo ese enfeliz!

—¡Por mi desgracia! respondía concluyentemente la interpelada.

—¡Pos lo que es pá vivir así!...

—¡Le valiera más no haber nacido... ¿Verdá?—observaba con amargura la madre.—Pero cuando Dios lo ha puesto en éste mundo!...

Y eso era lo mejor, entre lo mucho y muy grosero que la pobre Mónica, la zapatera, veíase forzada á oír y soportar hora por hora, y ¡gracias que el continuo asalto y tiroteo se quedase solo en palabras! porque cuando las hostilidades partían de la chiquillería astrosa y turbulenta

del barrio, solían ir los denuestos traducidos en tronchos, patatas, mondaduras de fruta, guijarros de la calle ó fango del arroyo, versión fidelísima todo ello de los sentimientos que descubría.

No quiere esto decir que todas las gentes del barrio y las que por él discurrían fuesen malas, sino que el pueblo es así, tan crudamente espontáneo, que de puro ingenuo suele ser barbaramente cruel. Y expresadas tan en bruto, la compasión y la rechifla eran igualmente sangrientas para la infortunada madre.

Cierto que el objeto de la curiosidad y la repulsión generales era el más propio para mover una y otra, porque el hijo de los zapateros, que en aquel tiempo tendría cinco años, era una repugnante aberración de la naturaleza, una cruel degradación del noble tipo humano, algo indecible, así como el remedo asqueroso de un niño por un sapo informe, como la caricatura trágica de un ángel. Porque la monstruosidad del pobre Monchito—se llamaba Ramón—consistía en no ser más que una cabeza, grande, bien proporcionada, inteligente, casi hermosa, pero cómicamente erigida sobre un cuerpecillo liliputien-se, flácido, gelatinoso, que para mantenerse derecho había menester estar encerrado en un saquillo con armazón de ballenas que le sostuvieran y relleno de algodones que le preservaran del roce contra todo cuerpo duro. Así, el pobre Monchito era una cabeza engarzada en repulsiva excrescencia que parodiaba en proporciones inverosímilmente pequeñas la figura humana.

Desconsuela reconocernos tan apegados á la forma, que un ser así nos parezca indigno de los besos maternos, de las gracias de la niñez y hasta de albergar un alma. Sin embargo, es tan grande el predominio del espíritu sobre la carne y el poderío del amor sobre todo, que para sus padres, Mónica y Ramón, era aquella criatura tan bella y adorable como la más perfecta de las nacidas. Y aun le querían más; que la Providencia hizo tan á su semejanza el amor paterno, que le dió la virtud de crecer á medida de la desventura de los hijos. Así, los coloquios del matrimonio con su monstruoso nene eran tan tiernos cuanto cómicos, y los apasionados requiebros de la madre á su mísera criatura hacían llorar y reír al mismo tiempo.

II

Para colmo de su desgracia, á los seis años de nacido Moncho, envió Dios al matrimonio un niño bien proporcionado, hermoso, perfecto, que, sin duda por sabio designio del cielo, murió á las pocas horas de nacido, pues vivir sirviendo de comparación constante entre lo bello y lo deforme, quizá hubiera sido la mayor desventura para el pobre fenómeno. Pero ¿cómo no habían de dolerse los padres de que la muerte les llevase al hijo hermoso, dejándoles al monstruo enfermizo y raquítico?

La necesidad obligó á Mónica á vender para una criatura extraña la leche que no pudo dar al malogrado hijo, y entró á criar una niña en casa de un comerciante de la calle de Toledo.

Merceditas, la niña á quien lactaba Mónica, era un prodigio de belleza infantil, suave y mórbida; y con criarse fuerte y robusta, era tan exquisitamente delicada, que parecía frágil como primorosa figurilla de Sajonia. La magia inimitable con que la naturaleza había sabido unir la sana redondez con la miniaturesca sutileza de aquellas sedosas carncitas, constituía su mayor hechizo.

Desde que Moncho vió á su hermanita de leche, en vez de celos de su belleza ó envidia del cariño que Mónica la prodigaba, sintió por la nena adoración inconsciente é inefable, que sólo se manifestaba en una sonrisa, nunca hasta entonces amanecida en sus labios, y que como luz interna brotaba de ellos y difundíase por su inocente faz premarchita, encendiéndola en ardores de vida sobrehumana.

Cuando Mónica vió, con gratísima sorpresa, que la niña era para su Moncho, en lugar de objeto de envidia, fuente de goce y de alegría nunca por él gustada, menudeó cuanto pudo las visitas al portal donde Ramón cuidaba del fenómeno, mientras ella vivía en casa de sus amos.

Y cuanto más veía Moncho á Merceditas, más la quería y se familiarizaba con ella. Al principio tenía miedo ó vergüenza de acercársele, temor ruboroso de tocarla, como si aquel divino ser tan bello y perfecto fuese algún bien superior, inaccesible y vedado á sus manos esqueletadas y á sus labios de cadáver.

¡Tristes revelaciones del instinto! El

infeliz Moncho no se creía digno ni aún de mirar á Merceditas. ¿Por qué? Él no hubiera sabido explicarlo; pero en la crepuscular inteligencia que llenaba aquel ser todo cerebro, flotaba una idea-sensación, un reverente arrobamiento como el que hacía á los primeros pobladores de la tierra postrarse ante la faz esplendorosa de los astros.

III

Cuando Moncho tenía once años y Merceditas cinco, logró Mónica, por medio de los padres de la nena, la portería de la casa en que éstos habitaban, propiedad de un tío de dichos señores.

Una portería para un matrimonio pobre, es más que un canonicato para beneficiado viejo; pero para Moncho, fué aquel bien hartado mayor que para sus padres: fué algo semejante á conseguir una ventana con vistas al Paraíso.

En aquella casa vivía Mercedes, y agazapado en su cuchitril del portal podría él verla diariamente, sin arrostrar las desalmadas rechiflas de la golfería callejera.

Y hasta con creces se colmaron sus aspiraciones, porque la muñequita de carne, no sólo pasaba á diario ante la portería, sino que entraba en ella y parábase allí largos ratos embobada con los regalos y mimos de su nodriza.

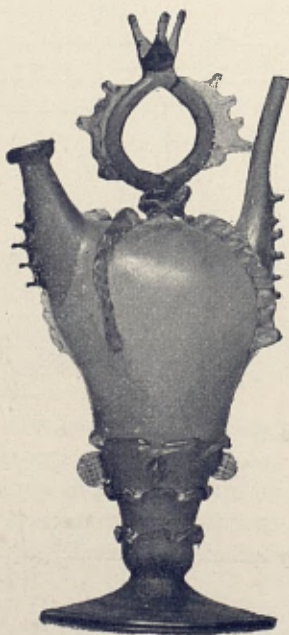
Por fuerza que la nena llevaba luz en los ojitos azules, entre las acapulladas manitas y en los anillados cabellos de oro, porque apenas entraba en el oscuro zucucho porteril, todo se alegraba y resplandecía, y más que nada la siempre torva y semicadavérica faz del monstruo. La presencia de la niña reflejaba en ella como el sol en árida roca, encendiéndola y aureolándola de efluvios de vida.

Para el alma desolada del monstruo, la aparición de su amiguita era lo que sería un rayo de luna filtrándose en los senos más hondos de una caverna donde nunca hubiese bajado luz.

—Cuando entra la niña, mi Moncho revive, decía Mónica resplandeciente con el gozo que reanimaba á su hijo; y, ansiosa de prolongarlo, la pobre madre retenía cuanto le era posible á Merceditas.

Moncho, por su parte, realizaba cuantos milagros de habilidad y de arte espontáneo sugeríale su despiertísimo ingenio para atraer y divertir al arrapiezo inconstante, antojadizo y voluble, como mariposa que por instinto de belleza, obstinárase en batir sin descanso las alitas irisadas.

Cuando más afanado estaba el fenómeno en construir los últimos *combatientes* de los dos ejércitos de pajaritas de papel de diferentes colores y banderas, que, impelidos desde opuestos lados por los valientes soplos de Moncho y de Mercedes, habían de embestirse en formidable encuentro, caían de improviso las manecitas del diablejo sobre tirios y troyanos, rajaban, hendían, abullaban y machucaban á los más beligeros campeones, y, ensañándose con los mutilados cadáveres para su total destrucción y afrenta, daban con ellos en el agua ó en el fuego, en el jabonoso *fontano* de la cofaina ó en la ardiente *pira* del brasero.





Las diabluras de la nena solían costar lágrimas al triste Moncho, y más cuando tales desaguisados, cometidos con obras de su ingenio, iban acompañados de inconscientes pero crueles insultos al autor, cuya deformidad excitaba no pocas veces la risa ó el desprecio del gentil idolito.

Sentía Moncho, en el fondo del alma tales desprecios, y pasábase la mitad de los días llorándolos, y la otra mitad esperando á la nena y soñando en agradarle.

IV

Como la vida no para en su constante labor transformadora, en pocos años hizo de Merceditas un milagro de belleza juvenil; pero como á la par de la vida que formaba el cuerpo, trabajaban los padres afanosa cuanto inconscientemente en la deformación del alma, aconteció que, al paso que la naturaleza cincelaba la carne, la vanidad, el mimo y la ignorancia de aquellas vulgarísimas gentes afearon, poco á poco, el espíritu de la gentil criatura, hasta hacer de ella una burguesita insoportable.

Pasábase la vida ensayando *toilettes* y peinados al espejo, atormentando el piano, ó leyendo novelas erótico-incendiarias, ó folletines criminalistas; mal hablaba el francés, ignoraba el castellano, cantaba *flamenco*, adoraba todo lo extranjero, y avergonzábale de sus padres por ignorantes y ordinarios.

Las palabras religión, trabajo, obediencia, orden, cuanto significa deber, disciplina ó vencimiento propio, eran para ella letra muerta, porque sus padres habíanla educado para ídolo, y este papel no hay quien no lo aprenda maravillosamente.

Inútil es decir que á medida que la diosa crecía é iba

irguiéndose sobre su altar, la distancia entre ella y Moncho aumentaba en alarmante progresión.

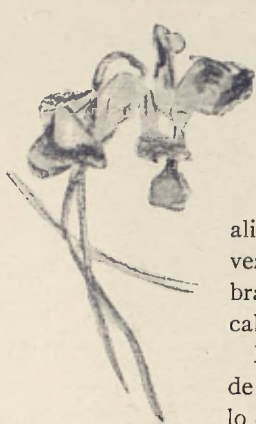
Desde que Merceditas comenzó á adorarse á sí misma, dió en despreciar con verdadera dureza al pobre monstruo: su presencia la molestaba, la *descomponía*—según su frase—y hubiérase dicho que las miradas de la diosa tenían el contagio de semejante fealdad.

En cambio, por doloroso contraste, al paso que crecían los encantos de Mercedes, crecía el amor del pobre fenómeno, para quien la virgínea hermosura de la niña era algo ultramundano y beatífico, el alma de él, su aspiración á lo bello y sobrenatural objetivada.

Para Moncho, que no tenía cuerpo que tradujese las tendencias de la juventud á toda gentileza, lucimiento y gallardía; para Moncho, privado de expresar con el gesto, la apostura y arrogancia corporal, los innatos alardes estéticos de la mocedad; para el mísero homúnculo que no tenía ni piernas que lo mantuvieran ni torso robusto en que ostentar la noble cabeza pensadora; para el hombre-larva que no podía gustar las dulzuras de la vida ni casi ver la luz del sol, porque no le era dado salir de su negro agujero sin excitar la burla feroz de las gentes; para aquella alma de ángel alojada en cuerpo de monstruo, no había más cielo, ni más astros, ni más vida, ni más etérea y divina idealidad que Mercedes.

Cuanto á él le faltaba tenía ella, cuanto deseaba él en ella estaba, cuanto soñaba lo era ella.

¿Quién hubiera creído, al ver aquella enorme cabeza que, con ayuda de sus débiles remos, se arrastraba ansiosamente por los suelos, que dentro de tan horrible ser albergárase tanta hermosura? ¿Ni quién, ante la deslumbradora beldad de Mercedes, hubiera sospechado en cuerpo tan perfecto alma tan deforme y monstruosa?



Pasaba la niña radiante de vanidad y fascinación en el carro de oro de su juventud triunfadora; yacía el pobre fenómeno en su oscuro antro, como alimaña repugnante; pero... ¿gozó alguna vez Mercedes los ensueños divinos que alumbraban la vida interna de aquella idealista cabeza enamorada?

Mas, de todos aquellos arrobos y deliquios, de aquel paraíso interior, ¿traslucíase algo á lo exterior del monstruo?

Para quien supiese leer fisiología animada, los secos perfiles, la nerviosa movilidad, la ascética marchitez de aquella faz ensoñadora, el intenso brillo de sus negros ojos profundos, la densa palidez de la ancha frente modelada por la idea, decían altamente la apasionada actividad de aquel fuego sin combustible, de aquel cerebro sin cuerpo, de aquel espíritu sin carne. Pero... Merceditas, ¿qué sabía de todo eso? Ella era la carne brutalmente egoísta y exigente, la juventud segura de su fuerza y arrogancia, la belleza engreída de sí misma, la flor de un día ébria de su perfume perturbador, la vida moderna frívola, descaminada de todo alto destino, ávida de todo material deleite y refinada voluptuosidad: el cuerpo sin alma.

Moncho, en cambio, era el alma sin cuerpo, el sentimiento puro y devorador como la llama, el romanticismo eterno, monstruoso de forma, divino en la esencia. ¿Cómo habían de comprenderse?

V

Cada vez estaba Mercedes más lejos de Moncho y Moncho más poseído de ella.

Por miedo á las burlas infantiles, no fué él nunca al colegio, pero su padre, que leía y escribía medianamente, inicióle en ambas artes y pronto el chico aventajó notablemente á su maestro. Sentado en alto sillón de brazos y apoyados los suyos en la ancha camilla porteril, pasábase horas y horas bebiendo ansiosamente cuantos libros podía allegarle la solicitud paternal. Y cuanto leía, cuanto pensaba, convertíalo en alimento de su pasión, en combustible de la hoguera que lo devoraba.

Una tarde en que Moncho se hallaba embebido en su lectura, asomóse Mercedes á la puerta y le arrojó este cruel saludo, envuelto en estrepitosa carcajada:—¡Adiós cabeza!—así solía llamarle:—ahora que no se te ve á cuatro patas, casi pareces una persona!

El grosero chiste costó á la pobre *cabeza* tres días de llanto y tres noches de insomnio febril.

Apenas repuesto de aquella dolorosa crisis, el pobre fenómeno, á quien la edad había dado alguna más fortaleza de miembros, acometió una empresa para él casi imposible. Había oído que en la huerta de unos amigos,

cerca de San Isidro, crecían tantas violetas que podían segarse, y como á Mercedes le gustaban tanto... ¡Si él saliese de madrugada de su casa y arrastrándose, arrastrándose, lograra ir, y volver al rayar el día, antes que le viesen... ¡qué gozo, proporcionar á la señorita aquel gusto, darle sus esfuerzos y sus torturas convertidos en flores!

Y como lo pensó lo hizo. Púsose de acuerdo con el chico del dueño de la huerta, salió á media noche, sin que le sintieran sus padres; pero cuando ya volvía triunfante con su codiciado botín entre los débiles brazos, abandonáronle las energías, agotadas en tan sobrehumano esfuerzo, perdió el color y el movimiento, bañósele en sudor helado la frente, sintió que se le velaba la vista y cayó sin sentido abrazado á sus violetas.

Cuando el desdichado recobró el conocimiento, era ya muy de día, y el temor á sus semejantes fué su primera noción de conciencia; levantóse trabajosamente, alegrándose infinito al hallar que no le habían robado sus flores, de donde infirió que nadie le había visto, y como distinguiese por el camino del Cementerio un tosco y desnudo carro fúnebre de los de ínfima clase, que venía ya de vacío, arrastróse tan de prisa como pudo hasta él y suplicó al cochero mortuario que, por caridad, le llevase hasta la calle de Toledo.

Aupóle ágilmente aquel bárbaro, que, por lo visto, no era malo, hasta colocarle en la negra plataforma que acababa de ocupar un ataúd, y en aquella lúgubre carroza hizo el infeliz su entrada triunfal en los barrios bajos, de nostado de chulos y verduleras, y apedreado y silbado de golfos, que como infernal escolta ibanle siguiendo con formidable grito y zalagarda.

Era aquello espantoso y cómico, grotesco y trágico, algo tan absurdo y cruel como el entierro de un vivo, tan abyecto é irritante como el escarnio de la mayor desventura.

Aquel espantoso paseo de un monstruo en un carro fúnebre, seguido y burlado de toda la hez humana, de la misma que asiste á las *ejecuciones*, parecía un disparatado sueño del Bosco ó un *capricho* macabro de Goya.

Había en aquel cortejo perfiles y cataduras que debieron verse en torno de la carreta que llevó á la guillotina á los reyes de Francia, y aun en torno del Calvario.

Agarrado á uno de los pilares del carromato, iba el pobre Moncho rendido, anhelante, ahogándose materialmente de dolor y fatiga por aquella su calle de la Amargura, hasta que, al fin, sudoroso, demudado, lívido y hecho un mar de llanto, le descargó á la puerta de su casa el carrero de los muertos.

Acogieronle con caricias y consuelos Mónica y Ra-



món, que prudentemente querían meterle en la cama y restaurar, con reposo y alimento, sus acabadas fuerzas. Pero Moncho anhelaba coger el fruto de sus fatigas, la corona de su martirio, ofrecer él mismo á Mercedes las flores á tanto precio conseguidas. Y no hubo medio de impedirselo. Agarrándose con una mano á los escalones, mientras sostenía con la otra las violetas oprimiéndolas contra su pecho, ahogándole el solrealiento, cubierto de sudor, pálido como un cirio, subía el desventurado las empinadas escaleras, hasta que ya sin aliento y casi sin conciencia de sí mismo, llegó á la puerta del segundo. Llamó á ella con los nudillos, por no alcanzar al timbre, y acudió á abrirle la záfia criada.

—La se...e...ñorita, que venga la señorita, articuló el cuitado.

—¿Para qué la buscas?

—Para verla.

—Señorita Mercedes, aquí la espera una visita, dijo burlonamente la Maritornes.

—¡Ah, si es *cabeza*!—observó malhumorada Mercedes.—¿Qué se te ha perdido aquí?

—Venía... venía—balbuceó Moncho—á traer á usted estas violetas.

—¡Ah! vamos... y querrás la propina; por eso me llamabas.

—¡No, no!—gritó el pobre fenómeno, y toda la sangre afluyóle congestivamente al rostro.—¡Propina... Dios mío!

—¡Já, já, já!—rió estrepitosamente Mercedes.—¡Que se le ofende á su señoría la dignidad! Entonces... ¿qué demonios quieres?

—Darle estas flores,—gimió el sin ventura, alargán-

dole el ramo que traía abrazado como si fuera su propio ideal. Las manos de Mercedes se tendieron como para tomar el obsequio, y Moncho creyó ver entreabrirse la gloria; pero de pronto gritó la caprichosa burguesita:

—¡Jesús, y están calientes! ¿Y quieres tú que tome yo esos yerbajos que traes ahí cociditos al calor de tu cuerpo? ¡No, no, qué asco!—Soltó de improviso las flores, que se desparramaron por el suelo como las ilusiones de Moncho, y cerró violentamente la puerta.

Moncho sintió de nuevo, y con mayor intensidad, el vértigo que le asaltó en el camino de San Isidro, sintió que la humanidad entera le abandonaba y le escarnecía, que la tierra se negaba á sostenerle, y queriendo correr hacia el único amor que le restaba, se lanzó vacilante hacia la escalera, se asió á la baranda, dió un paso, pero nublósele la vista, se le cortó el aliento, zumbáronle los oídos, y... la triste cabeza enamorada rodó rebotando duramente contra las escaleras, hasta que, cerca ya del entresuelo, Mónica y Ramón recogieron en sus brazos al mísero cadáver, que no tenía ni la augusta dignidad de la muerte.

¡La cabeza, la romántica y sangrienta cabeza ensoñadora, expresaba en su quietud y en su livor algo inefable: veíanse confundirse en ella, como en supremo crepúsculo, dos luces de lo alto: el amor y la eternidad!

¿Qué suerte hubiera sido la de Moncho, si no existiera más allá de ésta una vida sólo para las almas?

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

Ilustraciones de PEDRERO





DANIEL U. VIERGE.—D. QUIJOTE CONTRA LOS MULETEROS



BARCELONA ANTIGUA.—EL CALLEJON DE LAS TRES VOLTAS



LA POESÍA

En el alma sentir con energía,
con luz brillante, con calor intenso,
de la naturaleza el cuadro inmenso,
del corazón la dicha ó la agonía,
la desgracia que al misero atrofia,
la borrasca que agita el mar extenso,
de la modesta flor el leve incienso,
del astro el brillo allá en su lejanía,
comprender la virtud y las pasiones,
el crimen que feroz turba é inquieta,
y las sublimes santas oraciones;
elevarse por cima del planeta
y, del mundo rompiendo las prisiones,
acercarse hasta Dios, es ser poeta.

Gonzalo CERRAJERIA

LA CHINA MODERNA

(CARTAS DE UN DIPLOMATICO A SU FAMILIA)

CARTA SÉPTIMA

Fondas ó paradores. — Posadas de mendigos. — Lo que come el indigente. — La protección á los animales. — El Gran Hotel y su historia. — La fiebre mercantil. — La indiferencia del pueblo en materia política. — Lo que dijo Confucio. — Un detalle de la guerra chino-japonesa. — Las misiones católicas. — La diplomacia de los misioneros. — Un altar-juguete. — Presbíteros de trenza. — El calvario de los misioneros.

Pekin, Octubre 20 de 1896

Á LADY HARRISSON, EN LONDRES

Mi amada Olga: En mi carta anterior, al darte cuenta de la visita que hube de hacer á un magnate de los más gordos de aquí, al obeso príncipe Tsai-Yi, el enemigo de la emperatriz regente, tuve ocasión de describirte muy al por menor la lujosa vivienda de un rico. Ahora, en contraste con aquello, voy á describirte las posadas donde encuentran albergue los chinos cuando viajan de una población á otra.

Las fondas chinas son paradores ó mesones sucios, donde se comen los manjares del país. Los europeos que viajamos, cuando hacemos excursiones al interior, llevamos siempre con nosotros todo lo necesario de comida y bebidas, con algo de ropa blanca, para poder albergarnos en esos paradores.

Los chinos ricos, cuando viajan, van á parar casi siempre á casas de amigos y recomendados, y, en otro caso, se albergan en pagodas de monjes y aun de monjas. En estos conventos hay habitaciones destinadas á extranjeros, sobre todo en aquellos más frecuentados, á donde acuden, de vez en cuando, romerías de devotos. El alojamiento y la comida se obtienen mediante dinero.

Entre esos paradores chinos, los hay también de mendigos, que constituyen en el Celeste Imperio una grande institución. Esas posadas para pordioseros existen, sobre todo, en las grandes capitales del Imperio y en Pekín, donde la mendicidad abunda más. Allí van á parar, durante la noche, los mendigos que durante el día recorren las calles y pasean su miseria bajo las murallas de las ciudades y en el umbral de las puertas de entrada.

Dichas posadas tienen una inmensa habitación destinada á dormitorio general. En el suelo se echan plumas de gallina y de toda especie de aves, formando un gran colchón caliente. En él, amontonados, se acuestan, conforme van llegando, los mendigos, y de la aglomeración se desprende acre y penetrante hedor. En aquel montón

de andrajos y miseria, como espantoso estercolero, se revuelve la bestia humana, adormecida un momento en su vida de sufrimiento brutal, y, sin embargo, satisfecha de vivir.

Relatarte lo que come el indigente es tarea ímproba. Para él no existen las codiciadas «aletas de tiburón» ni los delicadísimos «nidos de pájaros», que, como ya sabes, hacen las delicias de mi buen amigo Li-hung-chang. Lo que suele comer el mendigo da náuseas, es decir, á nosotros, no á él. Baste decirte que aquí no se desperdicia nada. La carne de perro y de gato se vende públicamente; á la de ratón y toda suerte de animales inmundos, se le da caza en el propio domicilio. Sé que voy á exagrar, poniendo á prueba tu estómago; pero la cosa es tan notable, que no quiero pasártela en silencio. Para el chino pobre, peinarse es un *banquete*. De ese modo pretenden que recuperan la sangre que el *insecto* les ha chupado.

Y lo más gracioso del caso es que á individuos de esta especie, nuestros manjares, nuestras bebidas, les suelen dar asco. El uso de la leche está aquí prohibido, porque los habitantes de esta bendita tierra unen á su exagera-



Calle alta en Pekín



Carpintero y estudiante chinos

do desprecio á la humanidad, un profundísimo respeto al mundo animal. Existe una curiosa disposición por la que se prohíbe, bajo las penas más severas, el beber leche de vaca. «El hombre—dice dicha disposición—no tiene ningún derecho á extraer de los animales la sustancia necesaria á la alimentación de sus hijos, particularmente de la vaca, que es la más útil de todas las bestias. Los hombres que hacen distinciones entre la humanidad y el mundo animal, son unos insensatos. Los que venden la leche degradan su conciencia con el dinero que les produce, y los que la beben no son menos miserables.»

¿Qué te parece la ordencilla? No reza, claro está, con nosotros, que, instalados en el barrio europeo, en nuestras respectivas Legaciones, podemos, si nos place, no tan sólo beber, sino hasta usar para el baño la leche, si tuviésemos la femenil tentación de imitar á Popea, la famosa concubina de Nerón. Desde las ventanas de mi vivienda se oyen los mugidos de las vacas que, en los establos del «Gran Hotel de Pekin», reservan el líquido sustancioso de sus ubres hermosas para el uso exclusivo de la colonia europea.

Y ya que te nombro el Gran Hotel, algo te diré de su historia. En la calle de las Legaciones, frente á la Legación germánica, entre los leones de mármol de la Legación del Japón y la de Francia, se levanta un edificio á la europea, cuyo rótulo dice, con pomposos caracteres: «Gran Hotel de Pekin».

Gran hotel, en efecto, comparado con lo que fuera en sus principios, cuando, hace veinte años, era tan sólo una casita china que albergaba al europeo no diplomático, bastante audaz para lanzarse en la exótica empresa de penetrar en la celeste corte: y, sin embargo, aquel hotel modesto ha sido el gérmen de todas las transformaciones

de la China. Porque los huéspedes aquellos que allí modestamente se albergaban, sin privilegios ni exenciones diplomáticas, eran ingenieros, industriales, mineros, contratistas, comerciantes, los enviados y plenipotenciarios de la diplomacia moderna del dinero.

Y allí, encerrados en las paredes desnudas de la modesta fonda pekinesa, estudiaban los problemas económicos que han producido la revolución del gran imperio fósil. Sobre las mesas de pino de la fonda burguesa, se extendían planos y mapas; se levantaban postes de telégrafo, cuyos hilos herirían á los espíritus que moran en las alturas; se trazaban líneas férreas, cuyas máquinas hollarían las cenizas de los antepasados de los chinoscos habitantes del imperio; se excavaba en las entrañas de la tierra para buscar los minerales que tantos siglos de estacionamiento depositaron en su inexcruetado seno.

Hoy la fiebre mercantil se ha desarrollado también en la corte pekinesa. Un enjambre de hombres de negocios, un hormiguero de ingenieros, llenan el edificio nuevo, levantado de plano, del que se llama ya pomposamente «Gran Hotel de Pekin». Cada huésped representa sindicatos, compañías inglesas, alemanas, norteamericanas, belgas, francesas, rusas, japonesas, empresas cosmopolitas que de todas las partes del mundo envían sus representantes para buscar, como buitres del negocio, su pedazo de presa en las entrañas del colosal cadáver.

Los principales, los mandarines, los letrados, los magnates de la corte imperial, ven con recelo esa irrupción de negociantes y de ingenieros que se lanza sobre Pekin. En cambio, el pueblo, fumando tranquilamente su pipa de opio, no se preocupa de lo que aquella irrupción significa; porque á este pueblo, indiferente á todo, le suelen tener sin cuidado los intereses generales de la nación y



Pagoda china

hasta las resoluciones de su gobierno. Los chinos, en general, no se ocupan de política. El pueblo no se da cuenta de los errores del gobierno mientras éstos no llegan á lesionar sus intereses inmediatos. Confucio dijo: «El que no desempeña un cargo público no tiene para qué ocuparse de lo que hace el gobierno».

El padre Huc dió en una de sus obras una nota característica de la manera de ser de los chinos en política. Refiere que, estando en una reunión de chinos, preguntó á éstos qué pensaban sobre la elección de sucesor probable del emperador, que acababa de fallecer. Sólo obtuvo esta respuesta:

—¿Para qué te cansas el cerebro en vanas suposiciones? Los mandarines están para ocuparse de los negocios de Estado, y para eso cobran. Dejémosles ganar su dinero, y no nos metamos en lo que no nos importa. Buenos tontos seríamos si fuésemos á ocuparnos de cosas de política, de balde.

—Esa es la verdad—añadieron los demás chinos.

Y, al mismo tiempo, hicieron observar al misionero que, mientras hablaba de política, se le estaba enfriando el té y se le había apagado la pipa.

Fué motivo de gran sorpresa en Europa, durante la guerra chino-japonesa, el observar la indiferencia con que los chinos recibían las noticias de la guerra y de sus desastres. Viendo aquella indiferencia, rayana en el idiotismo, hubiera podido creerse que se trataba de otra nación que nada tenía que ver con ellos.

Y ya que te he hablado del padre Huc, misionero, te diré algo de las misiones, que es asunto de gran interés y siempre de actualidad para la familia europea. En eso de las misiones, es Francia la nación europea que ha trabajado con más constancia, con más ahínco, y no sólo aquí, sino en toda el Asia, que está llena de misiones católicas. El gobierno francés reconoce la utilidad de las misiones, que relacionan á Francia con los países más apartados y preparan las vías del comercio. Á su vez, los misioneros, estén ó no conformes con la marcha del gobierno, se sienten, no sin cierto orgullo, franceses, parte de una patria que, ante todo, desean grande y gloriosa.

Es curioso observar cómo se acomodan y flexibilizan los misioneros para adoptar los trajes, costumbres y aires de los países donde ejercen su apostolado. Ya has visto, más arriba, al padre Huc tomando té y fumando en pipa; pero hay que verle asimismo oficiando en el altar del culto católico, un altarcillo donde no parece factible decir misa y el que tú no podrías utilizar más que para tocar. Cubierto de sedas bordadas de flores; decorado con un espejo de laca; envueltos los cirios en farolillos

de iluminación, ese altar quitaría la devoción á cualquier católico europeo. No se la quita á los chinitos vestidos de amarillo y con lengua trenza colgante, que se arrodiellan al pie. Y es que ese altar juguete es el oratorio clásico de China y el Japón, donde budistas y siatoistas queman sus barritas de perfume y sus papelillos dorados.

Á principios del siglo había en China cinco establecimientos de misiones; hoy existen cuarenta, y *cuatrocientos* presbíteros de trenza larga, elevan al cielo la Hostia; la casulla que ostentan semeja caprichoso pañolón de Manila; sus bonetes, de extraña forma, son ascuas de oro; el libro que hojean muestra, abierto, los extravagantes caracteres del alfabeto chino. Más que sacerdotes parecen fastuosos mandarines.

Para llegar á estos progresos obtenidos por las misiones, ¡qué numerosa legión de mártires ha regado con su sangre el largo camino!... En el Tonkin, el 24 de Noviembre de 1838, el misionero monseñor Borie, después de sufrir inauditos tormentos, muere al séptimo hachazo... El 11 de Septiembre de 1840, el infortunado Perboyre es estrangulado en Kiang-Si «en odio á su religión y á su patria.» El padre Le Vacher, lazarista como el anterior, habiéndose negado á abjurar de su religión, es muerto á consecuencia del disparo de un cañón, á cuya boca había sido previamente atado...

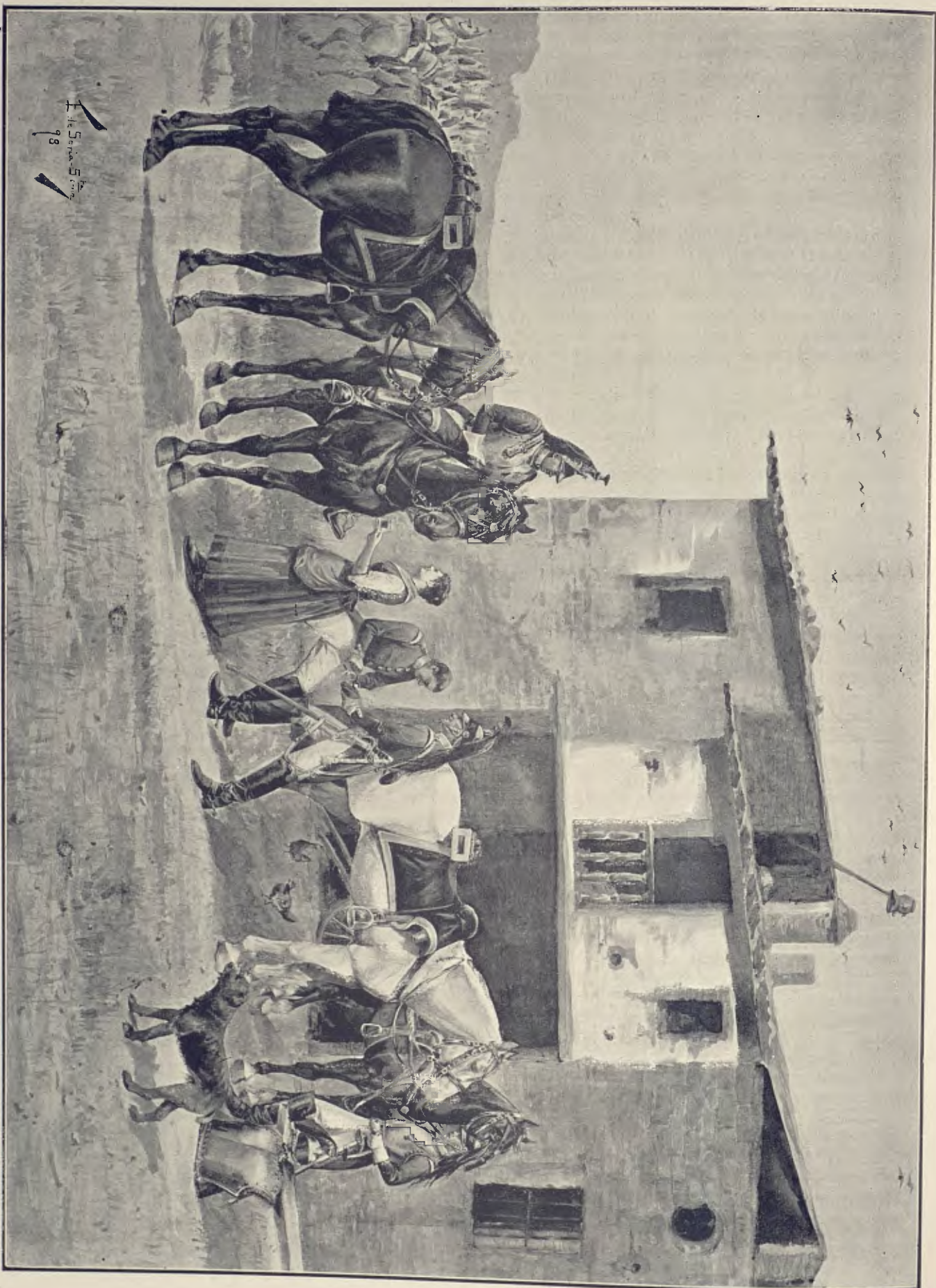
Pero ¿á qué seguir narrándote tales horrores? Hago punto aquí; y para borrar la mala impresión que en ti dejará seguramente esta última parte de mi epístola, en la próxima te hablaré de algunas cosas más alegres, tu esposo y amigo, que se pone, apasionado, á tus pies.

JOHN HARRISSÓN

Traducción del inglés por A.



El «Ta-chung-su» (Templo de la Gran Campana)



F. DE SORIA SANTACRUZ.—CORACEROS DE 1808

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)



El otro lado del mar, tenía sus estados una reina que en ninguna parte se le podía hallar otra semejante. Era excesivamente bella y de poderosas fuerzas. Esgrimía la lanza contra los fogosos héroes que venían á solicitar su amor.

Arrojaba la piedra á gran distancia y rebotaba hasta muy lejos. Todo aquel que deseara su amor, debía sufrir tres pruebas sin quedar

derrotado en ninguna por aquella mujer de poder tan grande; si en una sola quedaba vencido, cortábanle la cabeza.

La joven lo había hecho ya varias veces. El caballero lo supo en las orillas del Rhin; estaba convencido de ello y por esta razón su alma se inclinaba sin cesar hacia la hermosa joven. Muchos guerreros perdieron después la vida.

Un día Gunter y sus hombres se hallaban sentados reflexionando, y buscando cuál sería la mujer que su señor pudiera tomar.

El rey del Rhin habló de este modo: « Quiero atravesar el mar para ir al encuentro de Brunequilda; nada me importa lo que me pueda suceder. Quiero exponer mi vida por su amor, si no la consigo por esposa. »

« No os aconsejaré yo tal cosa » le dijo Sigfrido, « pues tan crueles son las costumbres de esta reina, que cuesta muy caro á los que quieren conseguir su amor. »

Así replicó el rey Gunter: « No puede haber nacido nunca una mujer tan valiente y tan fuerte á la que yo no pueda derrotar en un combate, con sólo esta mano. » « Callad, le dijo Sigfrido, sus fuerzas os son desconocidas. »

« Aun cuando valierais por cuatro, no podríais preservaros de su furor terrible; así pues, desistid de vuestro propósito; os lo aconsejo como buen amigo. Si queréis evitar la muerte, que no os domine su amor y deje de arrastraros de ese modo. »

« Sea lo fuerte que sea, no dejaré de hacer este viaje al reino de Brunequilda, sucédame lo que quiera. Por su extraordinaria belleza hay que intentarlo todo. Si Dios quiere, tal vez me siga á mi país del Rhin. »

« Este es mi consejo » dijo Hagen: « rogad á Sigfrido que afronte con vos los peligros de la expedición; y pienso así, porque él sabe cuanto á esa mujer se refiere. »

Le dijo: « Noble Sigfrido ¿quieres ayudarme á conquistar á esa virgen digna de amor? Accede á mi ruego, y si logro que sea mía tan hermosa mujer, expondré por complacerte mi honor y mi vida. »

Así le respondió Sigfrido el hijo de Sigemundo: « Lo haré si me das por esposa á tu hermana la bella Crimilda, la elevada princesa: no quiero otra recompensa por los servicios que te pueda prestar. »

« Lo juro en tus manos, Sigfrido, » respondió Gunter. « Que la hermosa Brunequilda venga á este país y te dará á mi hermana por esposa y ojalá con ella seas feliz toda la vida. »

Cambiaron sus juramentos aquellos fieles guerreros. Muchos trabajos tuvieron que realizar antes de conseguir llevar la virgen á las orillas del Rhin. Desde entonces, los bravos comenzaron á correr grandes peligros.

He oído contar algo de los enanos salvajes que habitan en las grutas de las montañas y que para defenderse lle-

van una cosa maravillosa llamada la Tarnkappa; el que la lleva puede estar seguro siempre.

Nadie ve á la persona que la lleva puesta; ve y oye, pero nadie la puede percibir: su fuerza se acrecienta también. Así lo refieren las tradiciones.

Sigfrido tenía un casco de estos, que no sin gran trabajo había logrado quitar al enano Alberico. Los atrevidos y poderosos guerreros se preparaban para realizar la expedición.

Cuando el fuerte Sigfrido se cubría con la Tarnkappa, su vigor era terrible y adquiría la fuerza de doce hombres. Con sutil maña logró conquistar á la soberbia mujer.

El casco aquél estaba construido de tal modo, que el que lo llevaba podía hacer cuanto quisiera sin que por nadie fuese visto. Gracias á este medio pudo conquistar á Brunequilda, pero aquello fué su desgracia.

« Dime ahora, Sigfrido, antes de partir, ¿cuántos guerreros llevaremos al reino de Brunequilda, para presentarnos honrosamente? Treinta mil combatientes pueden reunirse muy pronto. »

« Por muchos que fueran », le respondió Sigfrido, « es tan feroz aquella reina, que todos absolutamente serían víctimas de su furor. »

« Bajemos por el Rhin y sigamos las caballerescas costumbres. Yo os indicaré los que deben acompañarnos: dos con nosotros, dos y nadie más. »

« Uno de los compañeros soy yo, tú eres el otro y Hagen será el tercero; de esta manera lograremos triunfar; el cuarto será Dankwart, ese hombre fortísimo. Mil hombres no lograrían detenernos. »

« Quisiera saber también, dijo el rey, antes de emprender este viaje, que me colma de contento, con que traje convendría aparecer ante Brunequilda. »

« Los más hermosos trajes que se pudieran encontrar han sido llevados ya en el reino de Brunequilda; debemos llevar suntuosos vestidos para presentarnos á las mujeres, á fin de que no sea un deshonor para nosotros cuando se haga el relato. »

El buen guerrero le contestó así: « Yo mismo iré á pedir á mi amada madre que sus hermosas acompañantes nos ayuden á preparar los vestidos que han de honrarnos ante la soberbia joven. »

Hagen de Troneja dijo con suma cortesía: « ¿Para qué pedir este obsequio á vuestra madre? Decid á vuestra hermana lo que queremos. Es tan grande su talento, que sabrá escoger los trajes que nos convienen. »

Hizo el rey avisar á su hermana, que querían verla él y el guerrero Sigfrido. Antes de que llegaran, la hermosa se había vestido para agradar; la llegada de los héroes le causaba alegría de corazón.

Todas las de su acompañamiento estaban también vestidas de gala. Ambos príncipes se aproximan y tan pronto como ella lo sabe, deja su asiento y sale á recibir modestamente al noble huésped y á su hermano.

« Sed bien venidos, hermano mío, tú y tu acompañante. Deseo saber que es lo que deseáis para ir á esa corte lejana. »

El rey Gunter contestó: « Yo os lo diré, señora. Á pesar de nuestro gran valor, tenemos horribles cuidados; queremos entrar ostentosamente en un país extranjero y para este viaje, nos hacen falta trajes con ricos adornos. »

« Sentáos, hermano querido, dijo la hija del rey y decidme en que parte están esas mujeres cuyo amor buscáis y

esas tierras que pertenecen á otros héroes.» Ella cogió de la mano á los dos guerreros escogidos. Condújolos cerca del sitio en que tenía su asiento, entre ricos almohadones.

Entre los dos se cambiaban miradas de afecto y amorosas señales. Sigfrido la sentía en su corazón; era para él como su propia carne. Desde entonces la hermosa Crimilda fué la esposa del atrevido guerrero.

El rey Gunter, dijo: «Noble hermana mía, sin vuestra ayuda no podremos seguir adelante en nuestro proyecto. Queremos visitar el país de Brunequilda; así pues nos son necesarios hermosos vestidos, para comparecer ante aquellas mujeres.»

La princesa respondió: «Hermano muy querido, os ofrezco mi ayuda sin reserva ninguna y estoy pronta á servirlos. Si alguien os rehusa la menor cosa, causará un gran dolor á Crimilda.

»Vosotros, nobles caballeros, no me debéis dirigir súplicas nunca; mejor es que me déis órdenes, aunque con cortesía. Todo cuanto deseéis estoy pronta á hacerlo y lo haré con sumo gusto.» Esto dijo la noble virgen.

«Amada hermana: queremos llevar buenos vestidos y es nuestro deseo que vuestra blanca mano nos ayude en la elección; que los hagan las de vuestra servidumbre, para que nos estén bien, porque nunca desistiremos de realizar esta expedición.»

La joven respondió: «Escuchad lo que os digo: yo tengo la seda, haced que en un escudo me traigan la pedrería y os haremos los trajes.» Gunter y Sigfrido quedaron satisfechos.

«¿Cuáles son, preguntó la princesa, los compañeros á que hay que vestir como á vosotros, para ir á esa lejana corte?» El rey le respondió: «Yo el cuarto: dos de mis héroes, Dankwart y Hagen me acompañarán en esta expedición.

»Escuchad, amada hermana, lo que os digo; además de los cuatro para nosotros, nos hacen falta á cada uno tres trajes distintos y de buenas telas, para que podamos volver sin afrenta del reino de Brunequilda.»

Después de despedirse cortesmente, se retiraron los caballeros. La hermosa joven, la princesa Crimilda, llamó á su cámara á treinta de sus sirvientas, muy hábiles en aquella clase de trabajos.

En seda de la Arabia, blanca como la nieve, y en las sedas de Zazamancas verdes como la yerba, engarzaron riquísima pedrería: fueron aquellos unos hermosos trajes; Crimilda, la hermosa, los cortó por sus manos.

Las guarniciones, hechas de piel de pescados, cogidos en lejanos mares, que parecían entonces muy extraordinarios, las cubrieron con seda y oro: sabed ahora las maravillas de aquellos costosos trajes.

Las mejores sedas de Marruecos y de Libia que hasta entonces llevarán los hijos de reyes, fueron empleadas en ellos abundantemente.

Como era grande la empresa que intentaban, se pensó que las pieles de armiño serían convenientes y sobre su blancura pusieron pieles negras como el carbón, de las que aun se adornan los héroes para las fiestas.

En siete semanas quedaron terminados los vestidos; las armas para los valientes guerreros estuvieron listas en el mismo tiempo.

Cuando todo estuvo dispuesto, se construyó una fuerte barca junto al Rhin, para que los condujera hasta el mar. Las nobles jóvenes estaban agobiadas por el trabajo.

Hicieron saber á los héroes que estaban preparados los magníficos vestidos que debían llevar. Todo lo que deseaban estaba hecho y no querían permanecer por más tiempo en las orillas del Rhin.

Á los compañeros de armas, se les envió un mensajero por si querían ver las nuevas vestiduras, por si eran muy largas ó muy cortas. Las hallaron bien á la medida y dieron las gracias á las damas.

Todo el que lo veía, tenía que confesar que no había visto nada más hermoso en el mundo. Nunca se podrán citar más bellos trajes de guerreros.

Las nobles jóvenes recibieron gracias repetidas. Los esforzados guerreros querían despedirse y lo hicieron según las costumbres de la caballería. Más de unos ojos brillantes, tornáronse sombríos y derramaron lágrimas.

Así le dijo: «Mi hermano querido, quedáos, aún es tiempo y buscad otra mujer, que sería obrar con acierto, la que no ponga en peligro vuestra vida. No lejos de aquí hallaréis una joven de elevada alcurnia.»

Pienso que el corazón les decía lo que iba á suceder: lloraban en cuanto se hablaba una palabra. El oro que servía de adorno en sus pechos, se ablandaba con las lágrimas que de sus ojos vertían.

Ella dijo: «Señor Sigfrido, permitid que recomiende á vuestra fidelidad y á vuestro valor á mi querido hermano; que nada le suceda en el país de Brunequilda.» El fuerte guerrero lo juró en manos de Crimilda.

El noble guerrero contestó de este modo: «Si conservo mi vida, descuidad, noble señora, que volverá sano y salvo al Rhin, creed que esto es lo cierto.»

Trajerón sobre el campo los dorados escudos y lo demás del equipo; aproximaron los caballos; tenían grandes deseos de marchar.

Asomadas á las ventanas se veían muchas hermosas jóvenes. La vela de la barca se hinchó con el fuerte viento. Los bravos compañeros de armas fueron impulsados por las ondas del Rhin; así dijo el rey Gunter: «¿Quién quiere ser el piloto?»

«Yo lo seré», dijo Sigfrido, «yo puedo conducirlos sobre las ondas hasta allá abajo, buenos guerreros. Me son conocidos los rectos caminos por el agua.» Así abandonaron contentos el país de Borgoña.

Sigfrido se apoyó en un duro remo y la barca se alejó de la orilla.

Llevaban consigo suculentos manjares y el mejor vino que se había podido encontrar en el Rhin. Sus caballos tranquilos, reposaban, el barco caminaba.

Las fuertes cuerdas de la vela, quedaron amarradas sólidamente: hicieron veinte millas antes de llegar la noche, gracias al buen viento que soplaba hacia el mar; después, los grandes trabajos fueron para las mujeres.

Á la duodécima mañana, según hemos oído decir, los vientos los habían impelido á lo lejos, hacia Isenstein, en el reino de Brunequilda. Solo Sigfrido conocía aquel país.

Cuando el rey Gunter vió las fortalezas y también los vastos mercados, dijo así: «Decidme, amigo Sigfrido, ¿conocéis esto? ¿De quién son esas ciudades y ese precioso país?»

»En mi vida, y digo la verdad, ví tantas fortalezas ni tan bien hechas como ahora veo ante mí. Fuerte debe ser el que las ha mandado construir.»

Á esto respondió Sigfrido: «Conozco mucho esto: de Brunequilda son esas ciudades, esos campos y la fortaleza de Isenstein, yo lo afirmo. Hoy mismo podréis ver á muchas hermosas mujeres.

»Yo os aconsejo, guerreros, que no afirméis y neguéis las mismas cosas; esto me parece bueno: si hoy mismo comparecemos ante Brunequilda, debemos estar prevenidos ante la joven reina.

»Cuando veamos á la joven digna de amor, seguida de su acompañamiento, acordáos, héroes, de decir la misma

cosa: que Gunter sea mi señor y yo su vasallo, todo lo que él desee se cumplirá.»

Todos estaban dispuestos á ejecutar lo que les hizo prometer; el estímulo les hizo ser fuertes. Hablaron como quería: y les estuvo muy bien, cuando Gunter compareció ante Brunequilda.

«He venido hasta tan lejos, no por tus deseos, sino por tu hermana, la hermosa virgen. Ella es para mí, como mi alma y como mi cuerpo, y haré todo esto, por que quiero que sea mi esposa.»

VII

DE COMO GUNTER OBTUVO Á BRUNEQUILDA

Su barca adelantando en el mar, se había aproximado tanto á la ciudad, que pudieron ver en las ventanas muchas bellas jóvenes. Mucho sentía no conocerlas á todas.

Preguntó á su compañero Sigfrido: «¿Sabes qué cosa notable puede llamar la atención de esas jóvenes hacia las ondas? Cualquiera que sea el señor de ellas, me parecen de elevado espíritu.»

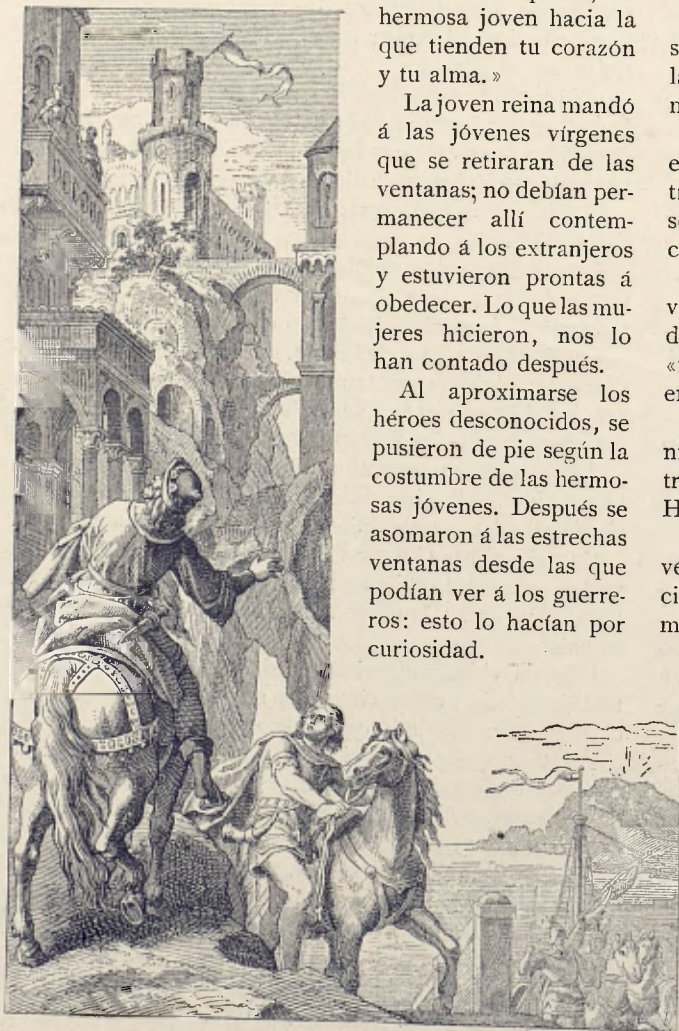
Así le contestó el fuerte Sigfrido. «Es necesario mirar con disimulo á todas esas jóvenes, para que me digas después cual escogerías si estuviera en tu mano.» «Lo haré,» respondió Gunter, el noble y esforzado caballero.

«Veo en aquella ventana á una con traje blanco como la nieve, que es muy bella. Mis ojos la escogen; su cuerpo es muy hermoso. Si pudiera la había de hacer mi esposa.»

«Muy bien ha escogido la mirada de tus ojos: esa es la noble Brunequilda, la hermosa joven hacia la que tienden tu corazón y tu alma.»

La joven reina mandó á las jóvenes vírgenes que se retiraran de las ventanas; no debían permanecer allí contemplando á los extranjeros y estuvieron prontas á obedecer. Lo que las mujeres hicieron, nos lo han contado después.

Al aproximarse los héroes desconocidos, se pusieron de pie según la costumbre de las hermosas jóvenes. Después se asomaron á las estrechas ventanas desde las que podían ver á los guerreros: esto lo hacían por curiosidad.



Sólo eran cuatro los que desembarcaban en aquel país. El fuerte Sigfrido llevaba un caballo de la brida. Esto lo veían por las ventanas las hermosas; gran honor recibió luego el rey Gunter.

Tuvo allí sujeto al caballo enjaezado, bueno y hermoso, grande y fuerte, hasta que el rey Gunter estuvo en la silla. Así lo sirvió Sigfrido, pero después lo olvidó.

Después sacó su caballo de la barca: nunca hasta entonces sirvió para tener el estribo á ningún otro guerrero. Las hermosas mujeres miraban por las ventanas.

Muy semejante era la presencia de los héroes: de color blanco como la nieve eran sus vestidos y sus caballos. Sus escudos estaban muy bien trabajados y brillaban en las manos de aquellos hombres valientes.

Las monturas iban adornadas de pedrería; los pretales eran estrechos, y pendientes de ellos iban campanillas de oro rojo y brillante. Llegados al país aquél, inspirados por su valor, se encaminaron también magníficamente vestidos hacia Brunequilda.

Avanzaban con sus bien aguzadas lanzas y con sus espadas que les llegaban hasta las espuelas: eran puntiagudas y muy largas. Brunequilda, la virgen digna de amor, miraba todo aquello.

En compañía de ellos iban Dankwart y su hermano Hagen. Hemos oído contar que estos guerreros llevaban vestidos negros como las alas del cuervo. Nuevos eran sus escudos, buenos, largos y fuertes.

De la India era la pedrería que se veía relucir suntuosamente en sus vestidos. En la orilla dejaron sin guardia la embarcación, y se encaminaron hacia la ciudad aquellos héroes nobles y buenos.

Ochenta y seis torres se elevaban allí, tres palacios y un salón construido magníficamente con mármol verde como la yerba. Allí se hallaba la joven reina y su acompañamiento.

Las puertas de la ciudad se abrieron tan anchas como eran. Los hombres de Brunequilda salieron á su encuentro y los recibieron como á huéspedes, en el país de su soberana. Sus caballos y sus escudos quedaron bajo la custodia de ellos.

Uno de los camareros habló de este modo: «Dadme vuestras espadas y vuestras bruñidas corazas.» «No podemos concederos eso,» respondió Hagen de Troneja, «nosotros mismos queremos llevarlas.» Sigfrido comenzó entonces á explicarle los usos de aquella corte.

«Es costumbre en esta Ciudad, debo decíroslo, que ningún huésped lleve armas: dejad que recojan las vuestras, y estará bien hecho.» No siguió gustoso este consejo Hagen, el guerrero de Gunter.

Hicieron servir á los héroes licores y otras cosas convenientes. Muchos brillantes guerreros, con trajes de príncipe, se encaminaban á la corte. Dirigían á los héroes muchas miradas de curiosidad.

Dijeron á Brunequilda, que unos guerreros extranjeros habían llegado con ricos trajes, navegando por el mar. La joven hermosa y buena comenzó á informarse.

«Hacedme escuchar,» dijo la reina, «quienes pueden ser esos guerreros desconocidos, de tan arrogante presencia, que veo en mi ciudad, y cuales pueden ser los motivos porque han navegado hasta aquí.»

Uno de su acompañamiento le respondió: «Señora, uno de los que con ellos están, me parece que es Sigfrido: mi opinión es que debemos recibirlos bien.»

(CONTINUARÁ)